

esta diablo lo tuzó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? ¿Que no te hubiera matado, condenada, que bien lo merecias? ¡Vamos, hombre, no te apures! continuaba el licenciado: dime, ¿no hay quien haga cabelleras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues ¿por qué no habrá quien haga crines y colas para los caballos tuzados? Se harán, se harán, y yo me encargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tuzará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó D. Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estómago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalecencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas.

¿Quién no se persuadirá á que Pomposa, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaria de sus ridículos fervores? Pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos, y así emprendió otro que le salió mas caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XII

En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heróica resolucion de ser ermitaña.

HABIA dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el Yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones, y así resuelta á vencer al enemigo á toda costa, se decia:—¿Qué te detiene, Pomposa, qué te asusta, qué te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosalias y Genovevas? El enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero ¿no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruje y da vueltas al rededor de nosotros buscando á quien tragarse, si no se le resiste con la fé? ¿Pues á qué esperas, desgraciada? Resistencia, resistencia es lo que ahora conviene, y no otra cosa.

¿Qué me detiene para ser ermitaña? Todo lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Santo Cristo, novenas, libros devotos, ampolleta y calavera. Estoy prevenida de todo como las vírgenes prudentes, *estote parati*, "estad prevenidas:" pues ¿qué hago aquí en-

vuelta en las delicias del siglo, y espuesta á manci-llar mi virtud en medio de los peligros de este mundo falaz y lisonjero? No, ya no mas dilacion, ya no mas temores, ya no mas debilidad. Esto es hecho: el sacrificio prometido á mi Esposo, es necesario consumarlo. él no será mas terrible que el de Isaac, ni mas funesto que el de Jepté. Yo me voy al desierto en esta misma noche. A Dios, mundo engañoso y miserable: á Dios placeres venenosos, gustos acibarados, compañías y amistades perniciosas, á Dios para siempre.

Dicho esto, tomó la pluma, escribió un papel, y lo dejó sobre su almohada. Todo lo tenia listo; pero le acongojaba sobremanera acordarse que le faltaba saco, porque le parecía cosa muy estraña vivir en los páramos con túnico de moda; pero como no hay dificultad que no se venza en estos casos, se acordó de una carpeta vieja verde que estaba arrinconada en un ropero: inmediatamente la marcó por saco, y diciendo y haciendo, se encerró en su cuarto, y del modo que pudo hizo un túnico bastante pesado y ridículo: previno su cajita y á la noche, aprovechando un descuido de su madre y de las criadas, se desnudó de su ordinaria ropa, la dobló y la dejó sobre la cama, se vistió el saco verde, se soltó el pelo, se puso al cuello un Crucifijo y en la cabeza una corona de flores de papel, tomó su cajita bajo del brazo, y se

marchó para la calle con tan buena suerte que de ninguno de su casa fué sentida.

Por fortuna la noche estaba oscura, los faroles unos opacos y otros apagados, y las calles inmediatas á su casa poco transitadas de gente, con lo que le fué fácil alejarse lo bastante hasta llegar á la pulquería que llaman *de los Loquitos*: allí se ocultó mientras entraba mas la noche, y cuando ya serian como las nueve de ella, y no habia por las calles sino tal cual patrulla y uno que otro guarda en su puesto, llena de miedo siguió su camino hácia la garita de S. Cosme, por donde, á merced de una graciosa aventura que proporcionó la contingencia, salió á pesar del centinela, que en aquel tiempo guardaba el puesto con bastante escrupulosidad.

Es el caso, que en una accesoría de las casas contiguas á la garita habia muerto ese mismo dia, y estaba tendida en un petate con cuatro velas una muchacha, que como es costumbre con las doncellas, tenia su palma y su corona de flores, esparcidas muchas de estas sobre la mortaja.

Los soldados de la numerosa guardia que cubria entonces aquel punto, osiosos todo el dia, lo pasaban en las pulquerías y tabernas, ó en las accesorias de las inmediaciones, donde contando sus aventuras y refiriendo sus fazañas en las batallas que habian dado á los franceses en España, pues que por la

mayor parte eran de gachupines las tropas que destinaban á esos puestos, tenían embelesadas á las mugeres que con la boca abierta escuchaban tantos prodigios de valor y sucesos tan variados, pagando su admiracion con el bocadito á la hora de comer, y con irse dejando seducir las muchachas, que no tenían á menos rendirse á los héroes, á quienes se habían rendido las numerosas y aguerridas huestes de Napoleon Bonaparte.

Esa tarde, como siempre, se introdujeron en la casa de la muerta algunos soldados, y entre ellos un gallego desmoralizado que no gustaba malgastar sus monedas en la vinateria, pues aunque aficionado á los sacrificios de Baco, jamas gastaba lo suyo y la pasaba con las largas libaciones á que lo convidaban sus camaradas, que lo querian por su genio rasgado y servicial.

Este, entre varias chocarrerías con que divertia á sus compañeros á costa de la difunta, se dejó decir: —¿dongella? Sábelo Dios y ella..... Como ser Santiajo de J Galicia que he visto entrar en esta casa unos reverendos mas rollizos que los jatos y comadrejas de su convento.

Un lego fernandino español, que en un rincon de la accesoria estaba hincado rezando por la difunta, (la que solia quitar la cuartilla de cualquiera cosa para dársela de limosna, cuando le presentaba para

que besara la alcancía y el santo escapulario) al oír las demasías del soldado, se levantó y con voz campanuda le dijo.—*De mortuis nihil nisi bene*, paisano. Ya juzgado de Dios, el hombre debe suspender su juicio y dejar á los muertos que descansen en paz, no diciéndose de ellos sino cosas buenas. Yo os podria contar mil sucesos espantosos que han pasado á los poco respetuosos con los muertos, á quienes ha costado el juicio y aun la vida su imprudente manejo, y el mal uso de su lengua.

—Vos, padre, (contestó el gallego), tal vez sereis el primer doliente y por eso defendeis á la difunta. —¡Blasfemo! exclamó el lego ¿ese respeto tienes al santo hábito que visto? A no ser por el servicio que prestas á la buena causa, yo te delataria á la santa Inquisicion que te pondria á buen recaudo; pero no desconfío de que á tus solas y en el silencio de la noche te se representará la difunta á quien infamas y te hará arrepentir de tus demencias.

Los soldados escuchaban el diálogo algo conmovidos, y la conversacion roló despues refiriendo cada uno los cuentos que sabia de muertos, de espantos, apariciones y demonios, sin olvidarse por supuesto del diablo que se aparecia y aporreaba muchas noches al centinela de la sala del crimen en palacio, donde para perpetua memoria quedaban en la pared

las señales de los tiros que habian dejado ir los centinelas en el acto de tan terrible lucha.

En estas conversaciones pasaron el tiempo que siguió despues que salieron de la accesoria de la muerte, hasta despues del toque de las oraciones que llamaron por su turno á los que debian hacer su cuarto de centinela, despues de alzarse el puente levadizo y de cerrarse las puertas. En la principal fué donde le tocó á nuestro gallego que por las pláticas anteriores tenia la fantasía llena de espectros y fantasmas, de muertos y diablos aparecidos. En la soledad y oscuridad de la noche cada sombra le parecia un demonio, y cada ruido, por ligero que fuese, creia que lo ocasionaban los pasos lentos y mesurados de algun difunto que venia á vengar á su compañera la que estaba tendida en la accesoria, ó tal vez ella misma segun le habia profetizado el lego, amenazándolo para el tiempo silencioso de la noche.

El para distraerse comenzaba á cantar la *jota* á otro de los sonesitos que eran familiares á sus camaradas; pero ninguno acababa, porque á pesar de sus esfuerzos no se borraban de su imaginacion los espantos y las amenazas del fraile.

Pasando entre el susto y la congoja la mayor parte de las dos horas que debia durar su cuarto, y sin atreverse á llamar á alguno de sus camaradas, porque no conociesen su miedo y lo tildasen de cobar

de, siendo para lo sucesivo el blanco de sus groseras burlas.

Estaba ya para concluirse su tiempo, cuando dieron las nueve, hora en que bajándose el puente levadizo se dejaban pasar las gentes que viviendo fuera de cortadura, se habian demorado en la ciudad por sus negocios y tenian que retirarse á sus casas. Se hizo como siempre, y el gallego tuvo unos momentos de distraccion con los que pasaban, olvidándose de los espantos; pero despues de un cuarto de hora que ya nadie transitaba por allí, á pesar de no haberse aun levantado el puente, ¿cuál seria su sorpresa y espanto al ver que se le acercaba á pasos lentos una muger vestida, segun le pareció, de su mortaja, con un Santo Cristo colgado al cuello, y su corona de flores ajadas y deslucidas, como podia distinguirse á los pálidos rayos de la luna que comenzaba á salir? Le temblaban las rodillas, y siguiendo hácia él la aparicion sin vacilar sus imperturbables movimientos, llegó á la puerta, y pasó junto al centinela, que no pudiendo sufrir mas, ofuscado su entendimiento y desfallecidas sus fuerzas, cayó al suelo sin articular mas que con voz debilitada y temblorosa *¿quién... vive...?*

Bien sea porque á prevencion hubiese preparado su fusil, ó por el golpe, se disparó un tiro que alarmó á toda la guardia, é inmediatamente acudieron

todos los soldados en tropel á su socorro, sin haberse dilatado mas tiempo que el necesario para tomar sus armas, pero ya Pomposita en el traje de ermitaña, que era la vision ó la muerta que se le figuró al centinela, habia pasado el puente, y acelerado tanto el paso desde que oyó tan inmediato el tiro del fusil, que á la sombra de los edificios y de los árboles no fué observada por los soldados; que sin duda la habrian encontrado si la hubiesen seguido; pero no dando otra razon el centinela postrado en el suelo sino que se le habia aparecido la muerta de la accesoria, unos soldados asombrados creyeron que esta aparicion era la profetizada por el lego fernandino; y otros menos crédulos, atribuian la especie á la imaginacion y falta de valor del camarada, á quien dirigian mas de una satirilla.

Relevado el centinela, lo llevaron sus compañeros, para que se desengañase, á la accesoria del velorio, y estaba allí tendida la doncella difunta sin dar muestras de haberse levantado para nada. A su vista volvieron á turbarse los sentidos del gallego, y jurando por *Santiago* que era la misma que se le habia aparecido en el foso, se cayó privado, y al dia siguiente, segun despues se supo, lo llevaron con fiebre al Hospital de S. Andrés.

Libre ya la Quijetita ermitaña del temor de que la persiguiesen, tomó la direccion al rumbo de Cha-

pultepec, sin acordarse de que allí habia otro grueso destacamento, que no solo le impediria la entrada en el bosque, sino que poniendo los soldados á riesgo su honor y su virtud, la mandarian seguramente á la calle de la Canoa, ó á buen componer á su casa con lo que se habrian frustrado sus deseos, dando fin á sus aventuras.

Quando habia caminado mas de una hora le ocurrieron todas estas reflexiones, y mudando de rumbo se echó á andar por esos campos de Dios, hasta que despues de cuatro horas largas de viage, cayendo y levantando se encontró en una barranca llena de maleza, que dividia las peladas lomas de un páramo desierto, donde á la luz de la luna no distinguió ni choza ni jacal que le indicase ser habitado de los hombres. Y habiendo elegido el lugar mas lleno de matorrales donde habia unos cuantos árboles que la defendiesen de la inclemencia de las estaciones, desfallecida y fatigada de tanto andar, se tiró al pié de un tronco, y allí sola, triste, cansada, muerta de hambre, y llena del pavor que le infundia la lóbrega perspectiva del campo á tales horas, se entregó á las mas melancólicas meditaciones. Allí lloró y maldijo mil veces su inconsideracion: allí se arrepintió de su imprudencia: allí propuso volverse á otro dia á la casa paterna como otro Hijo pródigo; pero allí tambien reprendió su oobardia y falta de firmeza; allí

atribuyó al demonio los efectos de la naturaleza: allí se avergonzó de su inconstancia, y allí por último, determinó morir entre las fieras del campo, antes que dar que decir á los que sabían que ya á aquella hora era ermitaña, y verdadera sierva de Dios.

Absorta con estas imaginaciones, un sueño irresistible, se apoderó de sus miembros y contra su voluntad se quedó dormida. Pero dejémosla en esta violenta quietud, mientras volvemos á la casa de sus padres, y los vemos buscando á su hija, envueltos en la mayor aflicción, la que creció cuando despues de registrar su cuarto, solo hallaron toda su ropa bien doblada, el ropero intacto, y una carta sobre la almohada que decía:

Padres y señores míos: vuestra hija se aparta de vosotros para seguir al Crucificado: mi vocacion es de ermitaña, y yo debo seguirla. Sé que con esto os desagrado: pero ¿qué importa si así agrado á mi Esposo? Direis que os desprecia; mas no importa que lo digais, si es por esta causa: escrito está que el que no desprecia ó aborrece á su padre y á su madre por el Señor, no será digno de él: y así yo, sin aborreceros ni despreciaros, os dejo, os olvido, y os abandono. Con el espíritu con que el casto José dejó la capa en manos de su corrompida seductora, así os dejo. Adios, padres míos: obrad con justicia hasta la celeste Sion, donde nos daremos el osculo sagrado de la paz. Su amante hija — POMPOSA LANGARUTO.

El prudente lector considerará cuál seria el sentimiento de los padres de esta niña, cuáles sus temores y cuántas las diligencias que harían por su hallazgo; pero todo fué en vano, pues aunque los criados corrieron por las calles de la ciudad, aunque los mismos viejos anduvieron por las casas de sus conocimientos, y empeñaron á los guardas con promesas, todo fué inútil: Pomposita dormía tranquilamente en su barracon y sobre la dura tierra lo mismo que en su casa y sobre una mullida cama. Tanta es la fuerza del sueño en una jóven.

Aun siguiera durmiendo, si no se levantara por su desgracia una violenta tempestad, á cuyos repetidos truenos despertó nuestra devota ermitaña con bastante susto, el que se aumentaba á proporcion que menudeaban los relámpagos mezclados con algunos rayos, que en aquellos lugares resonaban terriblemente.

Mas hasta aquí solo el ruido infundia pavor á Pomposita; pero cuando siguió un fuertísimo aguacero y no tenia donde refugiarse, cayó su ánimo en la mas funesta languidez.

Sin embargo, su locura le sugirió recursos para sostenerse en medio de su temor. Creyó que su virtud era bastante para hacer que la tempestad se serenara; y así abriendo su caja, sacó sus silicios y una disciplina de pita: se puso aquellos muy poco apretados porque no se reventaran las cintas, y se dió

unos cuantos disciplinazos suavemente y sobre el saco verde, que no se quitó por la honestidad tan necesaria en aquel lugar y á tales horas.

Su fervorosa penitencia fué tan eficaz en su concepto, que á poco rato se despejó el cielo de nubes, cesó la tempestad, y volvieron á parecer la estrellas y la luna aun mas brillantes que al principio de la noche. Entonces, delirando con mayor vehemencia, atribuyó el natural desahogo de las nubes á un milagro patente, hecho por los influjos de su espantosa penitencia, y despues que cantó no sé qué cosa en accion de gracias al Criador, se postró sobre la cajita con intencion de orar, por si experimentaba algunos éstasis ó deliquios divinos.

Pero estando en esta postura, cuando hacia su composicion de lugar, oyó. . . . ¡*Válgame Dios y lo que oyó! oyó que la calavera que en la cajita se movía palpablemente*, segun su frase, no solo se movía, sino que *chillaba de cuando en cuando*.

El cabello se le erizó á nuestra nueva visionaria: la sangre se le heló y circulaba en sus venas con mucha lentitud: sus miembros se laxaron: faltó en sus piernas la firmeza para sostener su máquina desfallecida, y repitiendo la calavera sus vueltas y chillidos, se abatió su espíritu del todo, y cayó al suelo privada de sentido.

Así permaneció hasta las cinco de la mañana, ho-

ra en que pasó junto á ella un indio carbonero, acompañado de un muchacho y con una mula cargada de carbon que traian á vender á México. Al ver á la aturdida ermitaña tirada en el suelo, empapada, con su saco verde, el pelo suelto y la disciplina en la mano, se sorprendieron, creyendo que estaba muerta, y ya trataban de pasarse de largo; pero la buena fisonomía de Pomposa obligó al indio viejo á verla de cerca, y entonces, advirtiéndole que respiraba, se compadeció de ella, y apretándole el estómago lo mejor que pudo, la hizo volver en sí.

Apenas abrió los ojos Pomposita, cuando, creyendo que los dos tiznados carboneros eran algunos ángeles que habian bajado de los cielos á socorrerla, clavó la vista en la tierra, se arrodilló, cruzó las manos sobre el pecho, y con una voz muy descaecida les decia:—Parainfos sagrados, soberanas inteligencias, que en alas de los mansos cefirillos habeis descendido del Olimpo para restituirme la tranquilidad antigua: yo me postro ante vuestra faz resplandeciente, os doy gracias, y os suplico no me desampareis en mi corta peregrinacion, pues temo que en estos páramos me sorprenda la muerte cuando menos lo piense, como asalta el facineroso ladron á los descuidados caminantes.

El pobre indio que no entendió de estos despropósitos sino las últimas palabras de ladron, muerte y

caminantes, creyó que nuestra beata ó habia perdido el juicio ó pensaba que él era ladrón que la quería matar, y que por esto se habia hincado á suplicarle que la dejase viva; y así para satisfacerla le decía: *Año lagron, magre, año lagron*: que era decirle en un mal castellano y mexicano: no soy ladrón, madre, no soy ladrón. Pero como Pomposa no sabia que *amo* en idioma mexicano quiere decir *no*, creyó que el carbonero decía que amaba á los ladrones, y arrebatada de su ardiente caridad despues de haber vuelto en sí de su primer disparatado juicio, y conociendo que eran carboneros los que le parecieron ángeles, les decía: No, hijos, no ameís á los ladrones, porque os pervertireis y sereis unos de ellos: *cum perverso perverteris*.

Los indios al oír esta gerga, se acabaron de persuadir á que la tal niña estaba loca, y así trataron de llevarla á su casa, que estaba á la salida de la barranca, lo que no les fué difícil conseguir.

En el jacal ó triste choza del indio estaba su mujer haciendo el desayuno que acostumbran, cuando entró el carbonero, su hijo y la ridícula ermitaña. La india, luego que la vió, quiso correr, pensando que era muerta, fantasma ó cosa mala, como sucedió al centinela de la garita de S. Cosme; pero su marido la contuvo diciéndole en su idioma que no temiera, que aquella pobre muchacha era una loquita que ha-

bia encontrado en el camino, y que la cuidara, pues no se quedarian sin premio, respecto á que en aquella caja algo tenia: con esto se sosegó la india, y la comenzó á agasajar en cuanto pudo.

Lo primero que hizo fué desnudarla de la ropa mojada, vestirla con un *quixquemel* y *huepili* de su uso que estaban llenos de mugre y hechos pedazos; pero por fin estaban secos. Ya se deja entender qué figura haria Pomposa tan estraña hasta á sus mismos ojos, mas la necesidad á todo nos sujeta.

Luego que estuvo vestida de india, y su ropa puesta á asolear, se sentó con los carboneros y su patrona junto al *llequil*, y recibió de muy gana un jarro de atole y dos tortillas que le dieron, lo que depositó en su estómago sin ningun asco. Tal era el hambre que tenia.

Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo traje mucho tiempo: porque cada rato se rascaba no sin motivo, y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas, que apenas se medio secó su poca ropa, cuando se la puso húmeda y se acostó á dormir en un rincón. Los carboneros se fueron á vender su carbon, y la india se puso á tejer un cenidor,

Mientras esto pasaba en el jacal. Doña Eufrosina estaba como se puede considerar con la pérdida de su hija. En toda la noche no durmió y luego que

salió el sol tomó la pluma y escribió una porcion de rotulones.

Ya los iba á mandar poner en las esquinas, cuando entró el coronel y leyó que decian así ni mas ni menos: *Quien hubiere hallado una niña bonita como de quince años, que se estravió anoche como á la oracion de su casa, y se fué en camisa y naguas blancas, ocurra á entregarla á mi casa, y le daré un buen hallazgo.*

El coronel embarazó que se fijaran unos rotulones tan ridículos que podian interpretar los maliciosos contra el honor de su sobrina: consoló á su cuñada y le dictó las mejores providencias para buscarla.

Entre tanto nuestra visionaria, á causa del aguacero que habia recibido y de la humedad que absorvió su cuerpo con la ropa mojada, se enfermó de fiebre gravemente. Ese día no comió, á la noche se le encendió la calentura en términos que deliraba. Los indios se compadecian de ella; pero en medio de su lástima abrieron la cajita, pensando hallar alguna cosa de provecho, y los infelices se consternaron mucho al ver lo despreciable que encerraba, llenándose de risa al ver que saltó por encima de todos un raton: este vicho era el que por un agujero que tenia la caja vieja se metió en ella, de esta se pasó á la calavera donde chillaba y la movia, y así causó tal espanto á Pomposita. Este fué el parto de la calavera como en otro tiempo el de los montes, un ridien-

lo raton. Casi todos los espantos tienen iguales principios.

Los indios socorrieron á su peregrina segun pudieron esa noche, pues no porque eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

Al dia siguiente, por una dicha de Pomposa llamaron de la casa de Doña Eufrosina al piadoso carbonero, y este, por un efecto de comedimiento, les preguntó qué remedio seria bueno para una niña de razon (1) que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta escitó la curiosidad de Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija

Entonces hizo poner el coche, se fué con el carbonero con direccion á las lomas de Tacubaya, y encontró á su hija, como se dirá en el capitulo que sigue.

CAPITULO XIII.

Hallazgo de la ermitaña Quijetita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.

ENTRE contenta y asustada subió al coche Doña Eufrosina con su marido, creyendo hallar á su hija ver-

(1) *Así distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á estos gente de razon, como si aquellos no la tuvieran.*

daderamente loca, segun lo que le habia contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cuál seria el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate ardiendo en calentura y delirando. Los gritos, llanto y exclamaciones de su madre eran tales, que los pobres indios se enternecieron, y tambien comenzarou á llorar.

Finalmente, la abrigaron, la subieron al coche, dieron una buena gala á los indios, y poco á poco la condugeron á su casa.

Sin pérdida de tiempo vino el médico, y se trató de curarla con el mayor esmero.

Por fortuna se comenzó á restablecer hasta que quedó fuera de riesgo, aunque demasiado triste y débil.

Doña Eufrosina, para que su hija no pensara otra vez en ser ermitaña, tiró á la calle los cilicios, cerdas, saco, disciplina, calavera, y hasta la caja.

No solo esto hizo, sino que para quitarle toda ocasion de que volviere á prevaricar con la virtud, que de esta frase usaba, hizo un escrutinio de todos los libros que habia en su casa, y habiendo recogido todos los piadosos y como quinientas novenas, se bajó al corral con ellos, llamó al lacayo, mandó hacer una

hoguera, y cuando estaba bien encendida, los echó todos, diciendo: "Id al fuego, pervertidores del talento de mi hija. No, no mas virtud en mi casa, no mas encierro, no rezos. Desde este instante yo haré que vuelva á reinar en el corazon de mi hija la alegría, y que se divierta como siempre."

Algo se escandalizó el lacayo con esta arenga; pero mucho mas la beata, que la habia estado observando desde la azotegüela; mas ninguno de los dos se atrevió á embarazar la quemazon, porque conocian el genio intrépido y dominante de Eufrosina.

Esta cumplió fielmente sus promesas, pues luego que Pomposita se fué mejorando, no cuidó de otra cosa sino de darle gusto en todo. Le hizo nuevos vestidos de toda moda, armó las antiguas tertulias, le permitió todo desahogo con los jovencitos que la cortejaban, y le consintió cuanto quiso.

No habia fiestecita donde no la llevara: jamas faltaba de los toros, y del coliseo muy pocas noches: las amigas se multiplicaron sin número, y todas la lisonjeaban á porfia, con lo que acabaron de corromper su corazon, y de llenar de vanidad su cabeza.

Ya se deja entender que el desórden entró de asiento en la casa de D. Dionisio, quien tan acobardado por su muger, no hacia mas que gastar, contraer drogas, y callar. En esto paró la desmedida virtud de Doña Eufrosina y su buena hija; pero ¿qué

otra cosa se debe esperar de una devocion falsa y de una virtud aparente y mal entendida?

El coronel y Doña Matilde se tostaban con las locuras de su hermana y sobrina; pero no quisieron meterse en advertirla, conociendo su capricho, y que cualquiera oposicion seria un estimulo para que lo hiciera peor.

Pudenciana por su parte no dejaba de sentir ni de reir las extravagancias de sus parientas, y su padre sabia aprovecharse hasta de los vicios de Eufrosina y de Pomposa para dar á su hija lecciones de virtud, que escuchaba con amor, practicaba con cuidado, y percibia con gusto su utilidad.

Tuvo varios pretendientes: de todos y de cuanto le decian daba cuenta á sus padres, y estos le dictaban como se debía manejar. Fácilmente discernia el coronel cuál era el carácter de cada uno, cuáles sus intenciones, cuál su conducta. Hacia ver á su hija que todo era siniestro, malo, inconveniente para ella, y los despedía sin sentimiento suyo y con la mayor docilidad.

El primero de estos que la solicitó fué un mocito azucarado y sin destino. Este le escribió una carta muy espresiva, en la que la colmaba de alabanzas, y le aseguraba su eterno amor y rendimiento.

Ella puso el papel en manos de su padre, quien le dijo:—todas las alabanzas que este te hace, no pa-

san de unas lisonjas estudiadas para rendir tu corazon sencillo, y esta es una verdad que bien la puedes conocer sin la mayor reflexion. Te dice que eres la mas hermosa de cuantas hay, que eres una deidad, que eres un ángel, que tus megillas son rosas, tus ojos soles, tu boca rubí, tus dientes perlas, tu cuello alabastro, tus cabellos hilos de oro, etc. Bien ves que todas estas espresiones son mentiras; pues eres una muger humana como todas: que aunque no eres fea, no tienes una hermosura peregrina; y cuando no pudieras ó no quisieras confesar que es así, el espejo te haria conocerlo, por mas que no lo confesaras.

Por lo que hace al imponderable amor que dice te tiene, y que al instante que te vió, te adoró con la mayor pasion, es otra mentira vieja de que usa esta clase de amantes. Es muy difícil, por no decir imposible, apasionarse de una muger, por hermosa que sea, á la primera vista: ¿cómo creeremos esto cuando se le dice á una muger no muy hermosa, y quizas aun fea si es rica? pues ello es que á todas se les dice.

Por otra parte: los juramentos que te hace de que será tuyo hasta la muerte son tan seguros como los que hace el jugador acabando de perder, de que no volverá á tomar los naipes en su mano. En estos juramentos casi siempre interviene ó la ceguedad ó la malicia del que jura. Cuando están realmente apa-

sionados ó ciegos por lo que aman, creen que jamas dejarán de amar á su objeto, y así se lo aseguran sin mentir; pero engañados, pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia, y de la tibieza pasa al aborrecimiento cuando el amor no es puro. Por esto dice Mr. de la Rochefoucault que: *El amor es lo mismo que el fuego, que no puede subsistir sin un movimiento continuo, y deja de vivir desde que deja de esperar ó de temer.*

Cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminalidad; pero la muger prudente debe estar alerta para no fiarse de semejantes promesas en ambos casos, pues cualquier credulidad en ellas es funesta.

Sobre los rendimientos y humillaciones con que escriben los hombres, es menester que las niñas estén muy prevenidas. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces satisfecha la pasión ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona, y si son graves, escitan todo su odio y su venganza. Conque ¡cuidado, hija! despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana

los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella ningun seductor, y que su honra estuviese en su lugar: que aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres por la práctica, supiera por fin conocer quién la amaba con sinceridad, ó quien con embuste, y por este bien y considerado medio consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.

CAPITULO XIV.

Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento.

ENTRE cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un D. Modesto, natural de México, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sugeto por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta que por original conservo en la memoria. Decia así:

Señorita: las bellas cualidades que recomiendan el mérito de usted me obligan á amarla. Yo deseara lograrla para mi única y perpetua compañera.—Mis deseos nada importan, si no agrado yo á usted como usted á mí. Para que me conozca y me trate, necesito visitarla, porque mi genio no se acomoda á solicitar su mano parándome en los zagua-

nes, rondando su calle, valiéndome de criadas ni de otros medios indecorosos á usted y á mí. Por tanto, estoy resuelto á ver á su papá de usted, á informarle de quién soy, y á descubrirle mis intenciones; mas no daré un paso, antes que usted me diga si tiene vocacion de religiosa: si en caso contrario, está comprometida con otro, ó si es de su gusto ó no el que yo la visite con este fin.—Espero la respuesta de usted, entendida de que no me pesará que se la dicte su padre, pues me conformaré con ella, sea cual fuere.—Entre tanto, dé usted órdenes á su amante servidor q. s. p. b.—
MODESTO.

Al instante que Pudenciana recibió esta estraña carta, la puso en manos de su padre, quien no dejó de admirarse de su estilo; pero dijo á Pudenciana: —hija, si el carácter de este hombre y demas cualidades corresponden á lo que manifiesta su papel, sin duda que es un hombre de bien, y digno de ser marido de una muger virtuosa.

En esta carta nada se lee que tenga visos de adu- lacion, mentira ni malicia: la verdad la dictó, y la escribió una mano firme, y que no la ha dirigido la falsedad, la seduccion ni la malicia. ¿Tú no lo conoces?—Yo no, papá.—¿Jamás lo has visto?—Jamás.—Esta es otra nueva circunstancia. Tú no puedes decidirte ni en su favor ni en su contra, supuesto que no lo conoces. Nada te mando en el particular: sobre tu inclinacion haz lo que quisieres, dile que ven-

ga ó no; pero escríbele, pues una carta política no se debe dejar sin contestacion por una niña, en siendo con permiso de sus padres.

Pudenciana, muchacha naturalmente curiosa, obedió á su padre gustosísima, y contestó la carta en estos términos:

Muy señor mio: la política de usted esige que le diga que esta es su casa, y que puede visitar á mi papá, contando ya con su licencia cuando guste. . . . B. l. m. de usted su atenta servidora.—PUDENCIANA.

Luego que D. Modesto recibió la carta, fué á visitar al coronel, quien lo recibió con agrado, porque ni su figura ni su conversacion le parecieron despreciables. El jóven le hizo ver quién era, le manifestó los comprobantes de su buen nacimiento, le dijo dónde vivía y cómo era absolutamente solo: que se ejercitaba en el comercio, y aunque su capital era corto, bastaba para sostener á una niña decente.

A seguida le descubrió su corazon sin rodeos, significándole el amor que tenía á su hija, y pidiéndosela para esposa, siempre que ella condescendiera.

Esto lo dijo tan breve y con tanta gracia, que el coronel no acertando á responderle en su estilo, solo le dijo:—me parece usted hombre de bien: visite mi casa cuando quiera, nos experimentaremos mutuamente, quedando usted asegurado en mi palabra de que si merece á mi hija y ella lo ama, será suya.

Con este pasaporte visitaba D. Modesto la casa con frecuencia: á la frecuencia siguió la comunicacion, á esta la amistad, y á la amistad, el mas tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa correspondencia, á un tiempo se declararon con el coronel y Doña Matilde: los dos descendieron con mucho gusto, y se verificó el apetecido enlace, al que asistieron Doña Eufrosina, su marido, Pomposita y otras muchas personas.

Pasados los dias de la boda, pensando Modesto que le seria tan sensible á su muger separarse de sus padres, como á estos desprenderse de ella, consultó con el coronel si queria que las dos familias vivieran juntas, pues á él, á mas de las ventajas económicas que le resultaban, le seria muy lisonjero que Pudencianita estuviese contenta al lado de sus padres como siempre.

D. Rodrigo agradeció mucho el buen afecto de su yerno, y le dijo que siguiera unos cuantos meses; pero que era conveniente que separara casa, para que su hija practicara como esposa y cabeza de familia, las lecciones que le habia enseñado acerca de esto, y que bien podia conciliarse la separacion de las casas con la frecuencia con que debian ó desearian tratarse madre é hija, pues por fortuna la casa

de enfrente estaba desocupada, y si querian podian tomarla, y así vivirían todos juntos y separados.

Modesto se conformó con el parecer de su suegro, y dentro tres dias se mudaron, sin que Pudenciana ni su madre estrañaran la separacion, por lo inmediatas que estaban.

Se deja entender que los dos nuevos esposos vivian muy contentos, pues no tenian encima suegros, ni cosa alguna que los mortificara.

Entre tanto Pomposita estaba rodeada de cortejos, unos que efectivamente la pretendian para esposa, y otros que aspiraban á su conquista sin buen fin, pero Pomposita se reia de todos igualmente. Sus gracias, su atractivo, y sobre todo, el tal cual lujo que veian en su casa, aumentaba cada dia el número de sus adoradores. Los regalos que le hacian estos eran pocos; mas los elogios eran infinitos y desmedidos. Ella se sabia aprovechar de los primeros, y reirse de los segundos.

Ninguna distincion hacia entre el tuno y el hombre de bien; y como que á nadie amaba, no advertia quién de sus amantes pensaba con honor y quién no: á todos los trataba por un estilo.

Su prima la casada, que no dejaba de visitarla, procuraba con modo corregir sus locuras, y aun inspirarla inclinacion al matrimonio.

Una ocasion tratando sobre esto, le dijo: ¿En qué

piensas, hermana, con admitir tantas visitas en tu casa, y en manejarte con cuantos hombres te cortejan con tanta familiaridad ó llaneza? Ya' entiendo que solo tratarás de pasar el rato; pero cuando esto sea, sabe que pierde mucho tu reputacion, pues ningún hombre de juicio te ha de apreciar ni tener en lo que eres, al ver que con todos bailas, con todos te chanceas y familiarizas demasiado por una parte, y por otra á ninguno te dedicas á agradar en lo particular, recibiendo ademas sin ninguna repugnancia los obsequios que te ofrecen. Yo he visto ya algunas como tú, y he oido las honras que hacen de ellas los hombres: lo menos que dicen es, que son unas locas, estafadoras y chasqueras. Conque mira lo que haces.

Ya lo he visto, decia Pomposa: yo no llevo otro fin, sino divertirme con los hombres, arrancándoles lo que pueda, hacerlos rabiar y echarlos noramala.—¡Cierto que llevas unos fines santos!— Si no son santos á lo menos no son tan maliciosos que no los lleven otras muchachas que hacen lo mismo que yo. Pero mira, Pudenciana; tú eres una tonta. ¿Habrá gusto como verse una muchacha rodeada de quince ó veinte adoradores, de quienes es el centro, el objeto y el íman? ¿Hay satisfaccion mas placentera que verse una muger idolatrada á un mismo tiempo por muchos hombres? ¿Podrán tener nues-

tros oidos rato mas agradable que cuando oyen que nos llaman bellas, ángeles y deidades? Alejandro, César, Pompeyo, ni mil otros guerreros, ¿podrán gloriarse de valientes delante de una hermosa, que con solo un mirar de este ó del otro modo alienta un corazon, rinde á este, desmaya á aquel, desespera al otro y los humilla á todos? Y por último, ¿hay gloria, gusto, ni satisfaccion igual al de una bella, ante cuyo acatamiento doblan la rodilla los jóvenes y los viejos, los pobres y los ricos, los plebeyos y nobles, muchas veces los príncipes y siempre los vallos?

Tú, hermana mia, tienes talento, y no negarás que es verdad cuanto te digo: y supuesto que la conozcas y confieses, es menester que te violentes mucho para no concederme que obro con juicio manejándome como hasta aquí. El espejo es mi cotidiano consultor y consejero. El me dice cada dia que soy hermosa, y me persuade á que aproveche los dones de la naturaleza y los ratos que el tiempo me concede. ¿Qué dices?

¿Qué he de decir? contestó Pudenciana, sino que á lo que entiendo, tú equivocas las apariencias con las realidades, y la verdad con la mentira. Cierto que una muchacha hermosa y con tantas gracias como tú, parece que domina á cuantos la tratan, mas yo sé claramente que no es así. Los hombres, hermana, por lo

comun quieren á las mugeres, pero no las aman: esto es, las quieren, como el que quiere un buen caballo para pasearse en él; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envían á la caballeriza, y no se acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma ó se envejece, tratan de deshacerse de él á toda prisa. Tú bien me entiendes: pues así son los hombres. Ellos y las mugeres nos están pregonando esta verdad á gritos mudos! Ahora seis años, no mucho ha, Doña Ignacita la Gallega, Tullitas la que estuvo en casa, y otras, ¿cómo andaban? acuérdate: muy bien vestidas, muy servidas y muy obsequiadas de todos; y ahora, ya has visto su paradero: las que no han muerto en mil miserias, andan ahí arrastrando la chancleta ó pidiendo limosna. Y ¿por qué? Porque el tiempo, la enfermedad ó la mala vida que se dieron, abreviaron sus días, mancharon su tez, robaron su hermosura: y luego que sus amantes las vieron feas, olvidaron el que fueron bonitas algún día. A un tiempo las abandonaron todos, les volvieron las espaldas, no hubo relevo de pretendientes, y entonces ¿qué sucedió? la indiferencia, el odio y el desprecio ocuparon el lugar de los obsequios, el amor y los rendimientos.

Esto tú y yo lo hemos visto en la poca edad que tenemos: luego ¿qué esperanzas debes prometerte de mejor écsito, cuando ni eres mas hermosa que mu-

chas de las que has conocido, ni los hombres de hoy piensan de diferente modo que los de ayer, ni tienes otros principios que los que tuvieron otras? Por consiguiente, no tendrás otros fines. Conque menéjate de diverso modo, si quieres lograr diversa suerte.

Yo no pretendo que no ames á ninguno; eso sería querer que fueras insensible. Nuestro corazon es de carne, somos racionales, capaces de pasiones, y por lo mismo sujetas al amor; pero si nos hemos de enamorar de algún hombre, sea de uno, y este sea hombre de bien, y amémosle con un fin noble, santo y seguro. Cásate, hermana: cástate con quien te ame de veras y pueda hacerte feliz con permanencia. Piensa en esto, y cuando halles un hombre que te aprecie tanto como Modesto á mí, no dudes entregarle tu corazon y hacerlo tu marido.

¿Yo casarme? contestó Pomposo, ni pensarlo: tú estás recien casadita, aun co nes el pan de la boda, y por eso te parece tan bueno el estado del matrimonio; pero que pasen estos días, que saque las uñas tu marido, que comience á celarte, á reñirte y á faltar á sus obligaciones, y entonces yo te preguntaré cómo te va.

No tengo esperanzas de responderte que mal: porque antes de casarme lo pensé bien, ecsaminé el carácter de mi esposo y el mio, y conozco que jamás

le daré lugar á que me cele ni me riña, y por lo mismo me pasaré siempre buena vida. No te canses, Pomposa: las mugeres hacemos á los hombres buenos ó malos. Tenga la muger prudencia y consejo en la eleccion de marido, esperiméntense mutuamente los dos, consulten á la esperiencia de los padres y del confesor (1), conózcanse los genios y costumbres, aspiren á ser felices el uno con el otro toda la vida, dirija sus fines, no el interes, no la libertad, no el apetito, sino el buscar cada uno de los dos un compañero que lo alivie en las miserias de la vida, un otro corazon igual al suyo en que descanse con seguridad, y un amigo inseparable hasta el sepulcro: entonces la muger no dará lugar á quejas, riñas ni celos á su marido, ni este tendrá valor para maltratar ni abandonar á su muger. Los dos mutuamente se disculparán sus imprudencias, tolerarán gustosos la escasez, gozarán en paz de la abundancia, y libres de recelos, asegurados en su amor y tranquilos en la calma de la buena conciencia, sobrellevarán del mismo modo las cargas y sinsabores del estado hasta que la muerte los separe, en cuyo caso el cora-

(1) *En la eleccion de confesor ó director espirital, debe ponerse mucho cuidado por los padres de familia, pues de una mala eleccion de estas, han venido y vienen muy malas esultas.*

zon del que viva se llenará de una amargura eterna que disipará dificilmente, pues la memoria del consorte llega mas allá del sepulcro, como lo vemos, y esto no sucede nunca con los amantes del calibre de los que tienes: y así, hermana, si quieres ser feliz, ecsamina á los hombres, y cuando halles uno bueno y fino, que es fortuna hallarlo breve en estos tiempos, cástate, y déjate de tonteras.

¿Yo casarme? repetía Pomposa, eso si que no: ni pensarlo. Es verdad que me solicitan algunos para muger propia; pero mira qué tales son los pretendientes: un comerciante que tendrá cuarenta años, un oficial segundo de secretaria, un hacendado payo, un minero viudo con una hija de seis años, un licenciado acabado de recibirse, un médico con tales cuales créditos, y un corredor del número. ¿Qué te parece? ¿no son escelentes personajes para mí? ¿deberé yo pensar en rendir mi hermosura á semejantes muebles? ¿seria feliz al lado de cualquiera de ellos? ¿Qué dices? pues estos son mis novios.—

En verdad, hermana, que si te aman de veras, cualquiera de los que dices es bastante para hacer te feliz, con tal que no quieras salirte de tu esfera, pues en queriendo ecsigir de tu marido mas de lo que pueda darte, sin duda que será tu matrimonio desgraciado: porque si quieres contentar tus deseos

á pura fuerza, ó eres infiel á tu marido, ó lo escasperas: y en ambos casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningun hombre que no sea título y mayorazgo, decia Pomposa: no, en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad: pues, que sea por lo menos marqués, y no de aquellos de quienes dice el refran que: *Alas veces en casas de los marqueses, mas suele ser el ruido que las nueces.* No: yo quiero que el marqués que haya de ser mi marido, sea rico y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo, y tanta seguridad como gusto, si no, hija mia, ¿para qué es casarme? me quedaré así para lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que la fruta, ó bien vendida ó podrida en el *huacal*.

Pues yo temo que tu fruta se pudra, dijo Pudenciana: porque tú ya no eres muy rica, y los marqueses y mayorazgos no buscan por lo ordinario gracias ni hermosura en las que eligen para esposas, sino dinero por todo, para sostener su ostentoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que solo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veriamos tantas marquesas feas, tontas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias, que no hallan un enlace regular.

Sea lo que fuere, ó me caso con marqués rico, ó con ninguno.—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron el fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.

CAPITULO XV.

En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.

PUDENCIANA y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este necesariamente la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y escusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabia muy bien manejarse como muger amada reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria